



Los Magos de Oriente

Benedicto XVI

En nuestra peregrinación con los misteriosos Magos de Oriente hemos llegado al momento que san Mateo describe así en su Evangelio: «Entraron en la casa (sobre la que se había parado la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11).

El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un nuevo camino para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida. Porque seguramente se habían imaginado a este Rey recién nacido de modo diferente. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del Rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos. Estaban convencidos de que Dios existía, y que era un Dios justo y bondadoso. Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado un Rey que estaría en íntima armonía con Dios y que, en su nombre y de parte suya, restablecería el orden en el mundo. Se habían puesto en camino para encontrar a este Rey; en lo más hondo de su ser buscaban el derecho, la justicia que debía venir de Dios, y querían servir a ese Rey, postrarse a sus pies, y así servir también ellos a la renovación del mundo. Eran de esas personas que «tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5, 6). Un hambre y sed que les llevó a emprender el camino; se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Aunque otros se quedaran en casa y les consideraban utópicos y soñadores, en realidad eran se-

res con los pies en tierra, y sabían que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Por eso, no podían buscar al niño de la promesa sino en el palacio del Rey. No obstante, ahora se postran ante una criatura de gente pobre, y pronto se enterarán de que Herodes - el Rey al que habían acudido - le acechaba con su poder, de modo que a la familia no le quedaba otra opción que la fuga y el exilio. El nuevo Rey era muy diferente de lo que se esperaban. Debían, pues, aprender que Dios es diverso de cómo acostumbramos a imaginarlo. Aquí comenzó su camino interior. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos.

Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre y, con ello cambiar también ellos mismos. Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente al poder de

Se hicieron peregrinos para alcanzar la santidad

Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente al poder de los grandes del mundo.

los grandes del mundo. Su modo de actuar es distinto de como lo imaginamos, y de como quisiéramos imponerle también a Él. En este mundo, Dios no le hace competencia a las formas terrenales del poder. No contrapone sus ejércitos a otros ejércitos. Cuando Jesús estaba en el Huerto de los olivos, Dios no le envía doce legiones de ángeles para ayudarlo (cf. Mt 26,53). Al poder estridente y pomposo de este mundo, Él contrapone el poder inerme del amor, que en la Cruz - y después siempre en la historia - sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instaura el Reino de Dios. Dios es diverso; ahora se dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios. ✞



Los Santos, magos de hoy

Benedicto XVI

Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a Él la causa de la justicia y del bien en el mundo.

En esto, tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben entregarse a sí mismos: un don menor que éste es poco para este Rey. Aprenden que su vida debe acomodarse a este

modo divino de ejercer el poder, a este modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de la verdad, del derecho, de la bondad, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo servir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, a encontrarse a sí mismos. Saliendo de Jerusalén, han de permanecer tras las huellas del verdadero Rey, en el seguimiento de Jesús.

Queridos amigos, podemos preguntarnos lo que todo esto significa para nosotros. Pues lo que acabamos de de-

cir sobre la naturaleza diversa de Dios, que ha de orientar nuestras vidas, suena bien, pero queda algo vago y difuminado. Por eso Dios nos ha dado ejemplos. Los Magos que vienen de oriente son sólo los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos la estrella de Dios, que han buscado al Dios que está cerca de nosotros, seres humanos, y que nos indica el camino. Es la muchedumbre de los santos - conocidos o desconocidos - mediante los cuales el Señor nos ha abierto a lo largo de la historia el Evangelio, hojeando sus páginas; y lo está haciendo todavía.

En sus vidas se revela la riqueza del Evangelio como en un gran libro ilustrado. Son la estela luminosa que Dios ha dejado en el transcurso de la historia, y sigue dejando aún. Mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, ha beatificado y canonizado

a un gran número de personas, tanto de tiempos recientes como lejanos. En estas figuras ha querido demostrarnos cómo se consigue ser cristianos; cómo se logra llevar una vida del modo justo: a vivir a la manera de Dios.

Los beatos y los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente la propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo. De este modo, ellos nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la histo-

No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente,





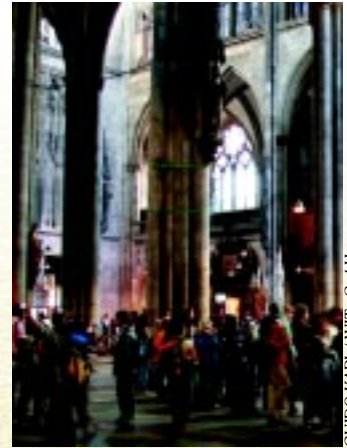
ria, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han remontado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo lo suficiente para dar la posibilidad de aceptar - tal vez en el dolor - la palabra de Dios al terminar del obra del creación: «Y era muy bueno». Basta pensar en figuras como san Benito, san Francisco de Asís, santa Teresa de Ávila, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo, a los fundadores de las órdenes religiosas del siglo XVIII, que han animado y orientado el movimiento social, o a los santos de nuestro tiempo: Maximiliano Kolbe, Edith Stein, Madre Teresa, Padre Pío. Contemplando estas figuras comprendemos lo que significa «adorar» y lo que quiere decir vivir a medida del niño de Belén, a medida de Jesucristo y de Dios mismo.

Los santos, hemos dicho, son los verdaderos reformadores. Ahora quisiera expresarlo de manera más radical aún: sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. En el siglo pasado hemos vivido revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, un punto de vista

Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo.

humano y parcial se tomó como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que le priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y, ¿qué puede salvarnos, si no es el amor?

Queridos amigos, permítanme que añada sólo dos breves ideas. Muchos hablan de Dios; en el nombre de Dios se



GUIDO KARL/ WJT gGmbH

Corresponde a ustedes, jóvenes, la tarea de vivir el aliento universal de la Iglesia.

Déjense inflamar por el fuego del Espíritu, para que un nuevo Pentecostés renueve sus corazones.

Que por la mediación de ustedes, sus coetáneos de todas las partes de la tierra lleguen a reconocer en Cristo la verdadera respuesta a sus esperanzas

y se abran a acoger al Verbo de Dios encarnado, que ha muerto y resucitado para la salvación del mundo.

Abren su corazón a Dios, déjense sorprender por Cristo.

Denle el «derecho a hablarles».

Abren las puertas de su libertad a su amor misericordioso.

Presenten sus alegrías y sus penas a Cristo, dejando que Él ilumine con su luz la mente y acaricie con su gracia el corazón de ustedes.

Hagan la experiencia liberadora de la Iglesia como lugar de la misericordia y de la ternura de Dios para con los hombres.

En la Iglesia y mediante la Iglesia llegarán a Cristo que los espera.

Benedicto XVI

MARKUS TSCHERSICH/ WJT gGmbH

predica también el odio y se practica la violencia. Por tanto, es importante descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron cuando se postraron ante el niño de Belén. «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre», dijo Jesús a Felipe (Jn 14,9). En Jesucristo, que por nosotros permitió que su corazón fuera traspasado, en Él se ha manifestado el verdadero rostro de Dios. Lo seguiremos junto con la muchedumbre de los que nos han precedido. Entonces iremos por el camino justo.

Esto significa que no nos construimos un Dios privado, un Jesús privado, sino que creemos y nos postramos ante el Jesús que nos muestran las Sagradas Escrituras, y que en la gran comunidad de fieles llamada Iglesia se manifiesta viviente, siempre con nosotros y al mismo tiempo siempre antes de nosotros. Se puede criticar mucho a la Iglesia. Lo sabemos, y el Señor mismo nos lo ha dicho: es una red con peces buenos y malos, un campo con trigo y cizaña. El Papa Juan Pablo II, que nos ha mostrado el verdadero rostro de la Iglesia en los numerosos santos que ha proclamado, también ha pedido perdón por el mal

causado en el transcurso de la historia por las palabras o los actos de hombres de la Iglesia. De este modo, también a nosotros nos ha hecho ver nuestra verdadera imagen, y nos ha exhortado a entrar, con todos nuestros defectos y debilidades, en la muchedumbre de los santos que comenzó a formarse con los Magos de Oriente. En el fondo, consuela que exista la cizaña en la Iglesia. Así, no obstante todos nuestros defectos, podemos esperar estar aún entre los que siguen a Jesús, que ha llamado precisamente a los pecadores. La Iglesia es como una familia humana, pero es también al mismo tiempo la gran familia de Dios, mediante la cual Él establece un espacio de comunión y unidad en todos los continentes, culturas y naciones. Por eso nos alegramos de pertenecer a esta gran familia; de tener hermanos y amigos en todo el mundo. Justo aquí, en Colonia, experimentamos lo hermoso que es pertenecer a una familia tan grande como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro de todas las partes de la

tierra. En esta gran comitiva de peregrinos, caminamos junto con Cristo, caminamos con la estrella que ilumina la historia.

«Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11). Queridos amigos, ésta no es una historia lejana, de hace

mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, Él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. Jn 12,24). Él está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a esa peregrinación interior que se llama adoración. Pongámonos ahora en camino para esta peregrinación del espíritu, y pidámosle a Él que nos guíe. Amén. ✠

No nos construimos un Dios privado, un Jesús privado, sino que creemos y nos postramos ante el Jesús que nos muestran las Sagradas Escrituras





Efecto transformador de la Eucaristía

Benedicto XVI

¿Cómo Jesús puede repartir su Cuerpo y su Sangre? Haciendo del pan su Cuerpo y del vino su Sangre, Él anticipa su muerte, la acepta en lo más íntimo

y la transforma en una acción de amor. Lo que desde el exterior se violencia brutal, desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente. Esta es la transformación sustancial que se realizó en el cenáculo y que estaba destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15,28).

Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo. Este es, ahora, el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo: la violencia se transforma en amor y, por tanto, la muerte en vida. Dado que este acto convierte la muerte en amor, la muerte como tal está ya, desde su interior, superada; en ella está ya presente la resurrección. La muerte ha sido, por así decir, profundamente herida, tanto que, de ahora en adelante, no puede ser la última palabra. Ésta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los demás cambios son superficia-

les y no salvan. Por esto hablamos de redención: lo que desde lo más íntimo era necesario ha sucedido, y nosotros podemos entrar en este dinamismo. Jesús puede distribuir su Cuerpo, porque se entrega realmente a sí mismo.

Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que a su vez nosotros mismos seamos transformados. Nosotros mismos debemos llegar a ser Cuerpo de Cristo, sus consanguíneos. Todos comemos el único pan, y esto significa que entre nosotros llegamos a ser una sola cosa. La adoración, hemos dicho, llega a ser, de este modo, unión. Dios no solamente está frente a nosotros, como el Totalmente otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en Él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo.

Yo encuentro una alusión muy bella a este nuevo paso que la Última

Cena nos indica con la diferente acepción de la palabra «adoración» en griego y en latín. La palabra griega es *proskynesis*. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva. Hacerla completamente nuestra será posible solamente en el segundo paso que nos presenta la Última Cena. La palabra latina *adoración* es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser.



GUIDO KARL / WJT_gcmibh

Eucaristía: Consagración, transformación

Benedicto XVI

La novedad que se verificó en la Última Cena estaba en la nueva profundidad de la antigua oración de bendición de Israel, que ahora se hacía palabra de transformación y nos

concedía el poder participar en la hora de Cristo. Jesús no nos ha encargado la tarea de repetir la Cena pascual que, por otra parte, en cuanto aniversario, no es repetible a voluntad. Nos ha dado la tarea de entrar en su «hora». Entramos en ella mediante la palabra del poder sagrado de la consagración, una transformación que se realiza mediante la oración de alabanza, que nos sitúa en continuidad con Israel y con toda la historia de la salvación, y al mismo tiempo nos concede la novedad hacia la cual aquella oración tendía por su íntima naturaleza.


Esta oración, llamada por la Iglesia «oración eucarística», hace presente la Eucaristía. Es palabra de poder,

que transforma los dones de la tierra de modo totalmente nuevo en la donación de Dios mismo y que nos compromete en este proceso de transformación. Por esto llamamos a este acontecimiento Eucaristía, que es la traducción de la palabra hebrea beracha, agradecimiento, alabanza, bendición, y asimismo transformación a partir del Señor: presencia de su «hora». La hora de Jesús es la hora en la cual vence el amor. En otras palabras: es Dios quien ha vencido, porque Él es Amor. La hora de Jesús quiere llegar a ser nuestra hora y lo será, si nosotros, mediante la celebración de la Eucaristía, nos dejamos arrastrar por aquel proceso de transfor-

maciones que el Señor pretende. La Eucaristía debe llegar a ser el centro de nuestra vida.

No se trata de positivismo o ansia de poder, cuando la Iglesia nos dice que la Eucaristía es parte del domingo. En la mañana de Pascua, primero las mujeres y luego los discípulos tuvieron la gracia de ver al Señor. Desde entonces supieron que el primer día de la semana, el domingo, sería el día de Él, de Cristo. El día del inicio de la creación sería el día de la renovación de la creación. Creación y redención caminan juntas. Por esto es tan importante el domingo. Es bonito que hoy, en muchas culturas, el domingo sea un día libre o, juntamente con el sábado, constituya el denominado «fin de semana» libre. Pero este tiempo libre permanece vacío si en él no está Dios.

¡Queridos amigos! A veces, en principio, puede resultar incómodo tener que programar en el domingo también la Misa. Pero si se empeñan, constatarán más tarde que es exactamente esto lo que le da sentido al tiempo libre. No se dejen disuadir de participar en la Eucaristía dominical y ayuden también a los demás a descubrirla.

Ciertamente, para que de esa emane la alegría que necesitamos, debemos aprender a comprenderla cada vez más profundamente, debemos aprender a amarla. Comprometámonos a ello, ¡vale la pena! Descubramos la íntima riqueza de la liturgia de la Iglesia y su verdadera grandeza: no somos nosotros los que hacemos fiesta para nosotros, sino que es, en cambio, el mismo Dios viviente el que prepara una fiesta para nosotros. Con el amor a la Eucaristía redescubrirán también el sacramento de la Reconciliación, en el cual la bondad misericordiosa de Dios permite siempre iniciar de nuevo nuestra vida. 

Debemos llegar a ser Cuerpos de Cristo, sus consanguíneos.



¿Religión, producto de consumo?

Benedicto XVI

Quien ha descubierto a Cristo debe llevar a otros hacia Él. Una gran alegría no se puede guardar para uno mismo. Es necesario transmitirla. En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios.

Parece que todo marche igualmente sin Él. Pero al mismo tiempo existe también un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos. Dan ganas de exclamar: ¡No es posible que la vida sea así! Verdaderamente no. Y de este modo, junto al olvido de Dios existe como un boom de lo religioso.

No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. Puede darse también la alegría sincera del descubrimiento. Pero exagerando demasiado, la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que place, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión busca-

da a la «medida de cada uno» a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte.


Ayuden a los hombres a descubrir la verdadera estrella que indica el camino: ¡Jesucristo! Tratemos nosotros mismos de conocerlo siempre mejor para poder guiar también, de modo convincente, a los demás hacia Él. Por esto es tan importante el amor a la Sagrada Escritura y, en consecuencia, conocer la fe de la Iglesia que nos muestra el sentido de la Escritura. Es el Espíritu Santo el que guía a la Iglesia en su fe creciente y

la ha hecho y hace penetrar cada vez más en las profundidades de la verdad (cf. Jn 16,13).

El Papa Juan Pablo II nos ha dejado una obra maravillosa, en la cual la fe secular se explica sintéticamente:

Pero la religión buscada a la «medida de cada uno» a la postre no nos ayuda.

el Catecismo de la Iglesia Católica. Yo mismo, recientemente, he podido presentar el Compendio de tal Catecismo, que ha sido elaborado a petición del difunto Papa. Son dos libros fundamenta-

les que querría recomendarles a todos ustedes. Obviamente, los libros por sí solos no bastan. 

Construir comunidades

Benedicto XVI

¡Construyan comunidades basadas en la fe!

En los últimos decenios han nacido movimientos y comunidades en los cuales la fuerza del Evangelio se deja sentir con vivacidad.

Busquen la comunión en la fe como compañeros de camino que juntos van siguiendo el itinerario de la gran peregrinación que primero nos señalaron los Magos de Oriente. La espontaneidad de las nuevas comunidades es importante, pero es asimismo importante conservar la comunión con el Papa y con los Obispos. Son ellos los que garantizan que no se están buscando senderos particulares, sino que a su vez se está viviendo en aquella gran familia de Dios que el Señor ha fundado con los doce Apóstoles.

Aún, una vez más, debo volver a la Eucaristía. «Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» dice san Pablo (1 Cor 10,17). Con esto quiere decir: pue-

to que recibimos al mismo Señor y Él nos acoge y nos atrae hacia sí, seamos también una sola cosa entre nosotros.

Esto debe manifestarse en la vida. Debe mostrarse en la capacidad de perdón.

Debe manifestarse en la sensibilidad hacia las necesidades de los demás. Debe manifestarse en la disponibilidad para compartir.

Debe manifestarse en el compromiso con el prójimo, tanto con el cercano como con el externamente lejano, que, sin embargo, nos mira siempre de cerca.

Existen hoy formas de voluntariado, modelos de servicio mutuo, de los cuales justamente nuestra sociedad tiene necesidad urgente. No debe-

mos, por ejemplo, abandonar a los ancianos en su soledad, no debemos pasar de largo ante los que sufren. Si pensamos y vivimos en virtud de la comunión con Cristo, entonces se nos abren los ojos. Entonces no nos adaptaremos más a seguir viviendo preocupados solamente por nosotros mismos, sino que veremos donde y como somos necesarios.

Viviendo y actuando así nos daremos cuenta bien pronto que es mucho más bello ser útiles y estar a disposición de los demás que preocuparse solo de las comodidades que se nos ofrecen. Yo sé que ustedes como jóvenes aspiran a cosas grandes, que quieren comprometerlos por un mundo mejor. Demuéstrenselo al mundo, que espera exactamente este testimonio de los discípulos de Jesucristo y que, sobre todo mediante su amor, podrá descubrir la estrella que como creyentes seguimos. ¡Caminemos con Cristo y vivamos nuestra vida como verdaderos adoradores! ✠



Veremos dónde y cómo
seremos necesarios.



GUIDO KARL/WJT GmbH



Un balance de la visita de Benedicto XVI a Colonia

Realizado por el experto en asuntos vaticanos, Jean Marie-Guénais

Colonia, lunes, 22 agosto 2005 (ZENIT.org).- En sus doce discursos de su primer viaje apostólico internacional Benedicto XVI ha marcado un estilo y ha definido orientaciones, constata Jean Marie-Guénais, redactor del diario parisino «La Croix».

Guénais, considerado como uno de los máximos expertos en periodismo religioso en Francia-ha sido durante una década corresponsal en Roma, donde fundó la agencia de noticias especializada I-Media, presenta además un programa de información religiosa dominical en la televisión pública France 2.

¿Ha pasado el test Benedicto XVI?

Guénais: El nuevo Papa no era esperado como un mesías, sino como un Papa alemán que regresaba a su país natal, así como por la «generación Juan Pablo II». Ya la manera en que Benedicto XVI descendió del avión a su llegada, de manera discreta, sin efectismos, preocupado de no tropezarse con las escaleras, marcó el tono.

Consciente de la importancia del momento, se entregó, en ocasiones

con algo de timidez, con frecuencia incómodo ante la gran muchedumbre, siempre con mucha humanidad, prestando atención a cada uno, en la medida de lo posible. Leyó sus discursos con cuidado, sin retórica, con sus grandes lentes. No ha buscado la seducción, sino palabras calibradas, de las que no espera el efecto inmediato del aplauso, sino que queden arraigadas a largo plazo. Si bien algunos jóvenes que esperaban un gesto fuerte podrían quedar decepcionados, la mayoría ya lo ha adoptado.

¿Ha nacido una «generación Benedicto XVI»?

Guénais: Ciertamente este término no le gustaría para nada a su interesado. Sobre todo es demasiado pronto para evaluar seriamente el impacto del nuevo Papa entre los

jóvenes. Ahora bien, es impresionante ver cómo se dirige a ellos. No evocó cuestiones de moral, prefiriendo convertirse en catequista para comenzar en cierto sentido desde cero y compartir el gusto de ser cristiano. En lugar del «carisma de los gestos» de Juan Pablo II, que levantó multitudes, Benedicto XVI aporta un «carisma de la palabra», de maestro. Muy pedagógico, muy concreto, en ocasiones ha sido crudo -cuando deploró en su primera entrevista que la sabiduría cristiana «no es algo con sabor rancio», en ocasiones es evocador -como cuando habló de la adoración como de «contacto boca a boca» o de «fisión nuclear» para ilustrar la potencia del sacramento. Por tanto, no se puede decir que no haya logrado comunicar a los jóvenes. Es diferente. Una «generación Benedicto XVI» podría acabar creándose, especialmente entre los adolescentes, que conocieron a Juan Pablo II con fuerzas disminuidas. «Es curioso ver a un Papa que camina», observaba uno de ellos.

¿Qué mensaje ha dejado?

Guénais: A nivel político, ha lanzado como dos señales de alerta. El auge del antisemitismo, contra el que el Papa ha alertado firmemente en su visita a la sinagoga. Y el terrorismo de origen religioso, frente al cual, ante los responsables musulmanes, el Papa indicó como mejor camino el de la lucha contra la intolerancia y el del respeto, rechazando la fatalidad del odio para construir una civilización de paz. A nivel pastoral, se pueden destacar dos líneas fuertes. En primer lugar, continuidad con su predecesor y con la línea del Concilio Vaticano II para avanzar hacia la unidad de los cristianos, el ecumenismo, así como en el diálogo con el judaísmo y el islam, a condición de conocer bien y asumir las diferencias, a las que no se pueden renunciar.

En segundo lugar, se ha dado una novedad en el programa propuesto a los jóvenes. En el primer día, en la vigilia del sábado, o en la misa del domingo, propuso una idea ambiciosa: nada más y nada menos que la de «cambiar el mundo». Pero no con la fuerza del poder, ni con «órdenes impartidas desde lo alto de un trono», sino aprendiendo el «estilo de Dios»: no «nos construimos un Dios privado», de manera que «no hay caminos privados» en la Iglesia, explica Benedicto XVI. Los jóvenes tienen que desarrollar una «sensibilidad hacia las necesidades de los demás», que se manifiesta «en la disponibilidad para compartir».



DAVID NICKEL/WIT_gambh

Colaborar en dar pan a un millón

Me pareció que Dios se excedía en bondad

Kathleen Flores es una inquieta joven cooperadora salesiana de Honduras. Se arriesgó a viajar a Colonia, Alemania, para trabajar como voluntaria en la Jornada Mundial de la Juventud. En ese servicio estuvo allá por seis meses.

Jesús utilizó las comidas como oportunidad para compartir y enseñar. Comidas como la habida en casa de Zaqueo, en la boda de Caná, en su última cena. En la multiplicación de los panes es un muchacho quien ofrece sus cinco panes y dos peces para colaborar en el estrepitoso milagro de Jesús. Yo fui como voluntaria a largo plazo a Colonia como ese muchacho, ofreciendo mi humilde servicio a ese otro estrepitoso milagro del millón de jóvenes que allá se congregaron alrededor de Jesús. Colaboré con muchos otros jóvenes a saciar el hambre de Dios de aquella impresionante multitud que buscaba a Jesús.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud alrededor del Papa son un magnífico banquete ofrecido por el Señor. Es un honor formar parte del equipo de servidores. Mientras preparaba la fiesta, tenía ocasión de gustar algunos bocadillos.

Pude convivir con una comunidad internacional de jóvenes apasionados por la vida que viene de Dios. Esa multiplicidad de experiencias espirituales ensanchó mi fe

Actué también como portadora de mi propia cultura. Me sentí embajadora de mi realidad y costumbres, de mi tradición familiar. Ahora cada

país del mundo tiene un rostro para mí.

Logré realizar mi sueño de servir, de conocer un mundo nuevo y de ser protagonista de un evento eclesial a escala mundial.

Como salesiana cooperadora me inspiré en el Sistema Preventivo en el tejido de relaciones diarias entablado en el call center, a través de internet mediante e-mails, en la cocina, en los momentos de distensión y en aquellos otros donde simplemente se trataba de convivir. Me inspiraba la rica fórmula de Don Bosco: «Cultiva el arte de hacerte amar».



Como equipo de voluntarios vivimos con intensidad la muerte de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI, figuras clave de la Jornada Mundial de la Juventud. Nuestro equipo creció y aprendió a convivir y a descubrir que somos parte de la Alianza con Dios.

Me pareció que Dios se excedía en bondad, que derrochaba su amor. Lo percibía en cada situación y en cada persona. Lo expresa bien un comentario que leí: "...en vida nos hace encontrar amistades, alegrías y una plenitud humana que nunca habría podido imaginar".



Las lecciones de Marianfeld

Victor Cortizo

Los jóvenes han sido los protagonistas. En ellos pensaba Juan Pablo II y en ellos ha pensado Benedicto XVI. Ellos nuevamente han recogido el testigo que se les ha entregado.

Son, sin duda, una juventud que hace gala sin pudor alguno de su fe.


Han vivido estos días de la misma forma que lo hacen habitualmente, desenfadados, espontáneos, llenando de esperanza a una sociedad que la pierde poco a poco y de paso animándonos a los adultos a darles testimonio de nuestra fe. Unos jóvenes que son ya presente gozoso de la Iglesia, y no sólo el futuro de la misma.

Han acogido de forma extraordinaria y generosa a Benedicto XVI, a quien reconocen como el sucesor de Pedro

El Papa les habló del poder del amor, del reino de Dios, y, de la misma forma que lo hicieron los Reyes Magos, invita a los jóvenes a preguntarse: ¿cómo puedo servir a que Dios esté presente en el mundo? Les propone a los santos como personas que nos demuestran cómo ser cristianos y nos expresa claramente que sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. Hemos recordado esa

Ha sido la primera Jornada Mundial de la Juventud con Benedicto XVI, y eso en cierta manera consolida este fenómeno. Han acogido de forma extraordinaria y generosa a Benedicto XVI, a quien reconocen como el sucesor de Pedro y quien desde el primer momento es para ellos testigo de la fe. El Papa, en sus extraordinarios mensajes, ha comunicado a los jóvenes un mensaje claro, lleno de vida y que también es una invitación para toda la Iglesia a acompañar a tantos chicos y chicas.

Su discurso ha sido claro y contundente, eso es lo que los jóvenes esperaban y no se han sentido defraudados. En tiempos donde triunfa lo relativo, alguien debería analizar por qué se convoca a un millón de jóvenes con un mensaje claro, comprometido y exigente.

expresión tan citada últimamente de que «otro mundo es posible» y sabemos que sólo desde Dios podemos hacerlo y hacemos presente la invitación a ser centinelas de la mañana. 



S. Palma



V. Bermúdez



HACKY HAGEMEYER/WJT@GmbH



ANS

Fiesta Salesiana en Colonia



ANS

(ANS - Colonia: 18 de agosto de 2005) - Cerca de 4000 jóvenes provenientes de centros de salesianos y salesianas de todo el mundo se dieron cita en el Centro Don Bosco de Colonia. «Don Bosco, contigo siempre es fiesta», cantaban en distintas lenguas los jóvenes que, desde nuestros ambientes, participaron en la XX Jornada Mundial de la Juventud.

La Don Bosco Strasse de la ciudad alemana fue ocupada completamente por los jóvenes que cantaron, rezaron y celebraron el sentirse juntos esperando al Papa, compartiendo el espíritu salesiano. Les dirigió la palabra la salesiana Carmen Canales, Consejera General para la Pasotral Juvenil, quien les ha invitado a «caminar, buscar y vivir con la fuerza que tuvieron los Magos». Partiendo, precisamente, de la frase del

evangelio en la que se dice que los Magos «volvieron por otro camino», Sor Canales animó a los jóvenes a volver, también ellos, a sus lugares de estudio, de trabajo, «decididos a transformar la realidad social».

Las palabras de Sor Carmen fueron escuchadas por los jóvenes que se habían ido congregando a primera hora de la tarde. Banderas de Argentina, Brasil, Italia, España, Albania, Ghana, Egipto, Canadá, Colombia, Mongolia, India, y así hasta más de 30 países, fueron llenando los alrededores del Centro Don Bosco donde resonaron cantos a Don Bosco que, cada uno de los participantes, cantaba en su propia lengua. Una vez más, Don Bosco, se convirtió en motivo de encuentro para los jóvenes del mundo.



Volver con otra manera de pensar

Vivir la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia tocó mi corazón gracias a la amabilidad de los anfitriones en la bienvenida en las parroquias, con las familias que nos acogieron, en los momentos de oración, las catequesis, las eucaristías, las peregrinaciones, la gran vigilia y el tan esperado mensaje del Papa Benedicto XVI.

Experimenté una satisfacción espiritual grande que no había sentido antes. Comprendí que soy hijo predilecto del Señor y que me ha llamado por mi nombre para que lo adore sólo a El. Es regocijante percibir que Dios me invita a trabajar para El de acuerdo a mis capacidades, no de una forma extraordinaria o extravagante, sino simplemente consagrando lo cotidiano, lo ordinario, como decía Don Bosco, ya que no me exigirá algo que El no me ha dado.

La convivencia con jóvenes tan diferentes por nacionalidad, idioma y cultura no era obstáculo para sentirnos unidos estrechamente por algo más fuerte: la pertenencia a una misma iglesia, la iglesia universal que tiene como cabeza a Cristo.

El lema Hemos venido a adorarlo, nos dijo el Papa, es una invitación a seguir el ejemplo de los Reyes Magos. Nosot-

ros también lo adoramos y regresamos por otro camino, lo hemos sabido reconocer como verdadero Dios y verdadero hombre.

El Papa nos lanzó el reto de volver con otra manera de pensar, siendo portadores del evangelio; nos propuso llevar la luz de Cristo a nuestra vida cotidiana, a nuestro entorno familiar, de amigos, a nuestros centros de estudio, a los grupos juveniles.

Yader Leonardo Carcache Barrios
Managua, Nicaragua



G. MARTINEZ

Hemos venido a Colonia porque hemos sentido en el corazón, si bien de forma diversa, la misma pregunta que inducía a los reyes de Oriente a ponerse en camino.



Es cierto que hoy no buscamos ya a un rey; pero estamos preocupados por la situación del mundo y preguntamos:

¿Dónde encuentro los criterios para mi vida?

¿Dónde los criterios para colaborar de modo responsable en la edificación del presente y del futuro de nuestro mundo?

¿De quién puedo fiarme; a quién confiarme?

¿Dónde está aquél que puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón?

Plantearse dichas cuestiones significa reconocer, ante todo, que el camino no termina hasta que se ha encontrado a Quien tiene el poder de instaurar el Reino universal de justicia y paz, al que los hombres aspiran, aunque no lo sepan construir por sí solos.

Hacerse estas preguntas significa además buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella.

Benedicto XVI



SANDIA PALMA

Allá reinaba la paz

Vivimos un encuentro de mucha alegría, entusiasmo, solidaridad y amistad y un deseo de vivir cada día al máximo sin desaprovechar ningún momento. A pesar del cansancio, los desvelos y las largas caminatas para llegar a los lugares donde se desarrollarían los eventos, siempre había una sonrisa y la suficiente energía para cantar, hacer dinámicas y compartir con las demás delegaciones, no importando la barrera de las lenguas.



Podíamos estar en oración en cualquier lugar y a cualquiera hora. Allí reinaba la paz, armonía, el amor y la alegría.

Las delegaciones latinoamericanas éramos minoritarias en proporción a la marea juvenil presente en Colonia. Eso no fue obstáculo para poner en evidencia la chispa que nos caracteriza.

El Papa nos dejó la misión de regresar a nuestros países adorando a Jesús, de llevar esa acción a los jóvenes de nuestros lugares de origen, Nos animó a vivir en la fe en Cristo, estrella que nos debe guiar como a los Reyes Magos para cambiar el mundo.

Ana Saïdia Palma R. *El Salvador*

El fruto: cambiar el mundo

La Jornada Mundial de la Juventud ha sido una gran fiesta en la que hemos podido vivir la universalidad de la Iglesia y en la que Cristo nos invita a la unidad sin importar cultura o idioma.

La convivencia con familias alemanas nos permitió conocer su estilo de vida, sus costumbres. Conocimos sus ciudades y su historia. La permanencia en las parroquia de Bodenwer y Hozminden fue maravillosa. En Colonia vivimos la misa de apertura, las catequesis, el Vía crucis. Pudimos estar a dos metros del Papa Benedicto a su llegada a Colonia cuando bajaba del barco en su paseo por el Rin. Recibimos su bendición en la misa de clausura junto con su mensaje: «Jóvenes de habla hispana, han venido para adorarle y lo han encontrado; llévenlo a su tierra».

Estamos agradecidos con la parroquia San Martín de Güzburg que, a través de su patrocinio con los pasajes, nos ha permitido realizar nuestro sueño. Participar en la JMJ es sin duda una experiencia que todo cristiano debe vivir, porque se puede

experimentar la unidad de la Iglesia a través de la eucaristía y el mensaje de Papa a los jóvenes.

Lourdes, Carlos, Yuny, y yo proveníamos de una parroquia salesiana. Eso nos permitió participar en el festival salesiano Club Don Bosco que se llevó a cabo en Colonia, que reunió a cinco mil jóvenes del Movimiento Juvenil Salesiano del mundo. Allí se nos orientó a vivir en co-

herencia con nuestra fe y a cultivar la adoración.

Solo el 43 % de la población total de la arquidiócesis de Colonia es católica, y se busca que uno de los frutos de la JMJ sea que más jóvenes de Alemania participen en la Iglesia.

Ena Flores , Lourdes Blandin. Carlos Durón y Yuny Sierra, *Honduras*



El encuentro de tantos jóvenes con el Sucesor de Pedro
es un signo de la vitalidad de la Iglesia.

Estoy feliz de estar en medio de los jóvenes, de sostener su fe y de animar su esperanza.

Al mismo tiempo, estoy seguro de recibir también algo de los jóvenes,
sobre todo de su entusiasmo, de su sensibilidad
y de su disponibilidad para afrontar los desafíos del futuro.

Benedicto XVI

